

Apocalyppto

Luis Barjau*



Vegetación en el badia, desierto de los territorios liberados de la República Árabe Saharaui Democrática, RASD, abril de 2006. Foto: Ricardo Ramírez Arriola.

Apocalyppto, de Mel Gibson, es de todos modos un film que atañe a la problemática ontológica americana. Es una buena pieza del cine estadounidense moderno (si bien el director es australiano, pero cuenta con larga trayectoria dentro del cine estadounidense), que busca con sus propios ojos ideológicos ubicación en los hechos épicos de la historia del continente. Para mí (un espectador que cree haber notado que el cine contemporáneo no había podido con la temática del mundo prehispánico mexicano y la conquista española, por razones que quizá se puedan explicar) tiene el valor de haber roto con ese silencio y haberse embarcado en la creación de una versión cinematográfica del mundo maya. Es pues, una versión. Y aunque sea obvio no está demás repetirlo: es sólo una película. Parece que en América Latina será objeto de controversias, claro está, particularmente en México.

La obra tiene un fuerte trasfondo: da la impresión de estar motivada íntimamente por la necesidad, de arrogante conveniencia, de configurar un paradigma identitario del poder. Hoy el poder, en la mente del estadounidense, debe encontrar un antecedente histórico y continental. Y con esta exigencia opinar que en el pasado americano hay un sustrato de violencia muy parecido al que ejerce la primera potencia económica y militar del mundo. Así, la película no evita un afán justificatorio.

No obstante, es obra que mantiene en vilo al espectador medio, que se encierra dos horas en la sala del cine en busca de ficción que remedie, aunque sea por espacio de ese breve tiempo, las penurias de este mundo. La cinta lo logra. La acción, aunada al tabú del desconocimiento de cómo fueron realmente las sociedades prehispánicas, resulta catárticamente pasional.

La proclama de identidad imperial antedicha está basada en el establecimiento subliminal, de que también había grandes pasiones entre aquellas sociedades antiguas; que era gente que vivía al máximo de su existencialismo en las latitudes que les tocó poblar; que fueron desatados y vehementes sin autocrítica, porque la selva donde se movían era propia, considerada como un don de Dios, y que los siglos de los siglos solitarios (sin contacto con otros) en que pulularon los mayas les permitieron vivir desafortadamente sus creencias

* Dirección de Estudios Históricos - INAH.

cosmogónicas y sus desplantes de violencia. Esto es cierto aunque no haya ocurrido del modo en que lo describe la película. Pero como nadie sabe con precisión cómo fue en realidad este modo, la cinta tiene el valor de la exposición de una hipótesis, en este panel visual acelerado y apasionante.

La antropología y la historia no pueden sino expresar, en función de largos estudios, como fueron ciertas particularidades de la sociedad antigua; lo que no es suficiente, desde luego, para exponer una hipótesis completa de cómo habría sido por entero dicho mundo. Es más, metodológica y éticamente, ambas disciplinas están impedidas de hacerlo. Aunque la descripción de esas particularidades señaladas tampoco son de poca monta. ¿Vale la pena ejercer una confrontación entre antropología, historia y cinematografía? Desde luego que no, para los especialistas que deban aferrarse a sus disciplinas. En cambio, lo que sin duda es digno de examen es el trasfondo ideológico que pueda haber en una película, o en libros de historia y antropología.

En *Apocalypto*, no es que sea mentira que los indígenas de una ciudad no incurrieran en aldeas lejanas en son de guerra y sin que mediara venganza o interés claramente económico, para arrasadas, obtener esclavos de servicio o carne de cañón para el sacrificio ritual. Es cierto que asolaban esas aldeas, pero de otro modo. Había primero una concertación, mediaban pactos y acuerdos, y desde luego, había en esas guerras un protocolo militar y el respeto irrestricto a las reglas pactadas. No era, en ningún modo, la irrupción de boinas verdes drogados en alguna aldea oriental de la selva, sin un motivo coherente con la mentalidad religiosa general, que despedazaba mujeres y niños y se regocijaba en la pesadilla de un sadismo sin límites.

Había diplomacia militar y los contenidos profundos del régimen sacrificial antiguo (por el que pasó la mayoría de los pueblos del mundo), no era precisamente una fiesta satánica cuajada de narcóticos en algún suburbio texano. Era, sí, una

exaltación cósmológica, un vibrar de la etnia al saberse partícipes de la inmensa máquina del universo. Y, lo que es muy cierto, la violencia ocurría en determinados

trasfondos de la fiesta mística, hechos excepcionales y especiales, pero lo que prevalecía era la vida cotidiana común, la de todos los pueblos del mundo durante largos periodos, la paz, la familia, el trabajo. No era el pan de cada día, ni el programa de permanencia fatal, (como si el tiempo se estancara en Auschwitz, o en Viet Nam), la sangre, la guerra y el dolor. Algunas veces sonaba el caracol y brillaba la danza bajo los sonos de las chirimías y ocurrían los misterios sacrificiales en lo alto de las pirámides, pero casi todas las tardes la gente contemplaba con serenidad la puesta del sol después de una dura jornada de trabajo. Y también había gozo y risa madura.

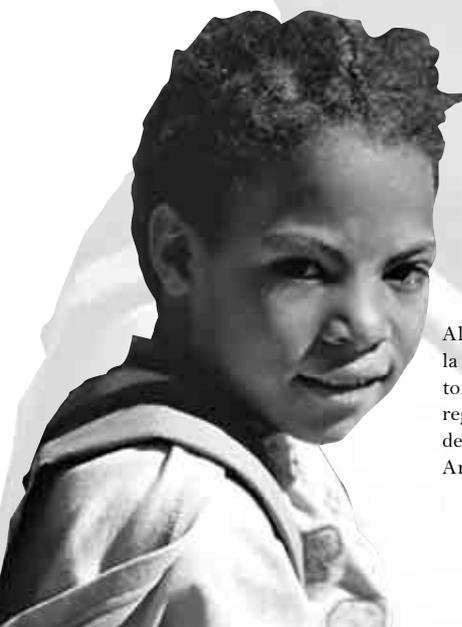
En la cinta aparecen distintos pueblos mayas. Hay uno, de mercenarios, que sale a la caza de una pequeña tribu para ser vendida después en el mercado de la ciudad. Estos salvajes policías del mundo maya no se parecen a nadie más que a ciertos escuadrones del ejército gringo, enloquecidos de guerra sin objetivo evidente, convencidos de violencia por la violencia (la última mercancía del sistema norteamericano, vendido y revendido hasta la saciedad en el cine y la TV), que un día con torva mirada y desinhibido manejo del cuerpo, atacan a una pobre tribu del corazón de las tinieblas. Los mercenarios evocan al soldado nazi, a vengativos narcos, a Rambo o a mafiosos de Chicago y New York. Dueños de la selva; muy distintos a aquellos mayas clásicos de México, Guatemala y Honduras, que en la selva definieron una cultura única.

Estos mayas del film sí se parecen a los antiguos, pero de los cuales tomaron el disfraz para vivir una ebria pesadilla de sangre. El alucinógeno tomado por el sacerdote del sacrificio no es el mismo que el del *teenage* que un día abre fuego con una metralleta en su salón de clases. La estirpe de los principales que aparece en la escena del sacrificio, con enanos y bufones, no es la misma que la imaginada por un *cowboy* sobre la decadencia romana.

La sensación del espectador mexicano, al fin de la obra, es la de haber despertado de una intensa pesadilla conducida a fuerzas a la sublimación de una defensa del nativo territorial. Este intento es lejano de la idiosincrasia latinoamericana, que discierne una deuda con su pasado. Y es más propia del invasor que se legitima.

El latinoamericano todavía puede observar la demencial aventura de poder del anglo del septentrión, aunque algunos estratos de sus sociedades suspiren por la fantasía del progreso.

No, no hay manera de vincular a los mayas con la saga gringa, ni siquiera tratando de explicar que el sacrificio antiguo era igual a la pasión por la violencia de los policías del mundo.



Alumno de la escuela primaria de la wilaya de El Aiun, campamento de refugiados saharauis en la región de Tinduf, Argelia, marzo de 2006. Foto: Ricardo Ramírez Arriola.